

Lapidación de lo humano, frontera y dislocación de lo metamórfico en dos cuentos de Ambrose Bierce.

Una mirada zocrítica a “Chickamauga” y “El hombre y la víbora”

Marcelo Damonte (FHCE, UdelaR)

Introducción

La crítica literaria, la americana y en general, ha querido “desclasificar” invariablemente la obra de Ambrose Bierce a partir de su ubicación o no ubicación en diferentes compartimientos estancos, fijaciones e institucionalizaciones de las cuales pudo —y finalmente tuvo que admitir carecer de elementos para hacerlo— dar escasa cuenta. En ese sentido, este trabajo, lejos de pretender realizar un movimiento semejante, intentará abordar desde una mirada alternativa (por supuesto discutible) uno de los aspectos menos teorizados, según este modo de ver, que integran parte de la obra del escritor americano, desaparecido misteriosamente en la frontera mexicana en 1914 (tal vez en Ojinaga, tal vez fusilado, tal vez suicidado) en tiempos de la revolución de Pancho Villa.

Así, desde el marco teórico que propone Gastón Bachelard en *La poética del espacio*, la visión zocrítica (o zoopoética) alimentada por los escritos de Dominique Lestel en Francia o María Esther Maciel en Brasil, y aun desde la idea de frontera o “dislocación” (fuera de lugar) implícita en el tópico kafkiano y ovidiano de la metamorfosis, la ponencia propuesta desde este escrito buscará componer (o descomponer) el sitio de lo humano desde una objetivación metamórfica, fronteriza, “dislocada”, como lo fue la vida de Ambrose Bierce.

Lapidación de lo humano

Desde la perspectiva que se pretende establecer en esta ponencia, la metáfora de la lapidación (según el diccionario de la RAE del latín *lapidare*, que es “apedrear, matar a pedradas”), si bien puede denotarse exagerada o quizá extremadamente ilustrativa, no está exenta de justificación con respecto al enfoque o tratamiento que le da Bierce al hombre en algunos pasajes de su narrativa. El tropo de la lapidación, en ese sentido, ese “apedrear” al ser humano, tal vez no deba tomarse ni tan metafóricamente ni tan a la ligera.

Por ejemplo, en el cuento “Chickamauga” (1891) un niño se escapa de su casa y, corriendo detrás de una aventura diseñada absolutamente por su imaginación, por su ilusión, penetra y posteriormente se pierde en el bosque. En un principio, el solo pasaje de un universo o lugar cerrado (la casa) a un universo o espacio abierto (el bosque) metamorfosean el registro del territorio que el niño habita y hace transcurrir, imponiéndose un cambio de paisaje, de ámbito, de geografía, al desarrollo de su aventura. El niño sale de un “adentro” y entra en un “afuera” cuyo propio movimiento resulta en sí hostil. De un “más acá” amigable, conocido, familiar, pasa a un “más allá” salvaje, impredecible, ajeno. En “La dialéctica de lo dentro y de lo de afuera”, Gastón Bachelard comenta:

Dentro y fuera constituyen una dialéctica de descuartizamiento y la geometría evidente de dicha dialéctica nos ciega en cuanto la aplicamos a terrenos metafóricos. Tiene la claridad afilada de la dialéctica del sí y del no que lo decide todo. Se hace de ella, sin que nos demos cuenta, una base de imágenes que dominan todos los pensamientos de lo positivo y lo negativo. [...] El filósofo piensa con lo de adentro y lo de fuera el ser y el no ser. (1993: 250)

No es azaroso, para el caso, que el disparador de la situación de extravío haya sido la presencia de «un adversario mucho más imponente», cuando el chico «en el sendero por el que andaba, descubrió sentado, muy estirado, con las orejas erguidas y las patas delante de su cuerpo, ¡a un conejo!» (1999: 145).

El brusco cambio de paisaje hacia lo extraño y lo desconocido es mucho más que una transposición geofísica, territorial. El exabrupto del pasaje de la casa al bosque implica también un cambio de lenguaje, o de lenguajes, por el cual/los cuales el bosque determina el suyo propio y el del niño se pierde o enmudece. Es desde ese exacto enfoque que en “Chickamauga” se produce la sensación de extrañamiento, por la cual el ser humano, al situarse en un lugar “exterior” (siguiendo la nomenclatura de Bachelard) ve enmudecer su propio ser, ante la predominancia de lo “ajeno”. «Y así, la simple oposición geométrica se tiñe de agresividad» (Bachelard, 1993: 251). Esto se trasluce claramente cuando, perdido en el bosque, el niño comienza a ser testigo del lenguaje y el comportamiento de la fauna y flora “extrañas” que lo rodean. Es en ese momento que se manifiesta la oposición y la separación entre los universos del niño y la naturaleza. Es allí mismo donde se instala, en términos freudianos, cierto tono siniestro, lo *unheimlich*, o no familiar.

Los pájaros del bosque cantaban alegremente por encima del crío; las ardillas, moviendo la cola con rapidez, saltaban contentas de un árbol a otro, sin darse cuenta de lo doloroso de la situación; y en la lejanía se oía un extraño y sordo estruendo, como si las perdices anduvieran cantando para celebrar la victoria de la naturaleza sobre el hijo de los que desde tiempos inmemoriales la habían sometido. (1999: 145)

Asimismo, el cuento “El hombre y la víbora” (también de 1891), del libro *El puente sobre el río del búho*, comienza con un epígrafe o cita al comienzo, que dice:

Es sabido de antiguo, y ningún hombre sensato e ilustrado se atreverá a negarlo, que los ojos de la serpiente tienen poderes magnéticos. Quienes afrontan su mirada se sienten arrastrados hacia ella, a pesar de su voluntad, y terminan sucumbiendo miserablemente a su fatal mordedura. (1988: 133)

El protagonista del relato, Harker Brayton, un hombre sensato e ilustrado, lee un libro «en bata y zapatillas, recostado cómodamente en un sofá»: las *Maravillas de la ciencia*, de Morryster, cuyo epígrafe habla sobre las víboras y su poder de magnetismo maléfico. «La única maravilla —se dijo a sí mismo— es que los hombres sensatos e ilustrados del tiempo de Morryster hayan creído en semejante pamplina, que hoy desecha hasta el más ignorante», sonrío y se burla, al tiempo que quita la mirada del texto para fijarse en dos puntos brillantes que apuntan hacia él «en la sombra, junto a la parte inferior de la cama».

Esos dos puntos luminosos son los ojos de una víbora de buen tamaño que, según la opinión del protagonista, resultaba estar ridículamente «fuera de lugar». Este último destino sirve a esta presentación, ya que en este cuento parece darse, si no de manera análoga, metafóricamente semejante e inverso el pasaje de un universo cerrado (ahora el del libro) a uno más abierto (el de la casa), y aun: el transcurrir de una territorialidad intangible, un “más allá” imaginario, amigable, distanciado, a una geofísica notoriamente más real y peligrosa, a una cercanía tanto tangible, y desde la perspectiva de Bachelard rotundamente hostil. Si bien en este cuento, lo dentro, que en el relato Chickamauga era la casa, ahora es un libro, y lo fuera, en el primer cuento el bosque, ahora es la habitación donde está la víbora real, lo hostil, lo salvaje, lo siniestro sigue involucrando al territorio perteneciente a lo animal, a la naturaleza, que ha desbordado su lugar y se apropia del sitio del hombre. Es desde la frontera entre el

hombre y el animal (la naturaleza) y su eventual y recíproca “dis(des)locación que este trabajo pretende instalar el foco de abordaje; en torno al lugar de cierta metamorfosis como sitial a medio camino entre ambos, rigiendo un “entrelugar” que, desde la perspectiva zoocrítica, instala un espacio de reflexión, tanto en cuanto a una suerte de lapidación de lo humano, como, asimismo, de un complejo sistema de “demonización” o estigmatización de lo animal y de la naturaleza, de una u otra forma las dos consideraciones hostiles en cuanto a sus respectivos universos de significación.

La frontera, la dislocación y el lugar de la metamorfosis

Con respecto a las relaciones entre el hombre y los animales, o la naturaleza (en realidad habla de “seres vivos”), Dominique Lestel (2010) dice que hay que inventar un nuevo modelo de las relaciones entre el hombre y los demás seres vivos. Este modelo, según el investigador francés, supone que seamos humanos por los lazos que somos capaces de establecer con los “otros” y no a partir de «barreras higiénicas» preventivas, y que seremos humanos más por las distribuciones que podamos compartir con el resto de los seres vivos que por estrategias de diferenciación: «Un humano se caracterizaría, entonces, por sus capacidades de intoxicarse con los otros seres vivos e intoxicar a estos últimos. Intoxicarse es transformar sus comportamientos, su relación con el mundo, con los otros y consigo mismo al absorber una sustancia extranjera»¹ (2010: 28).

En un artículo de particular semejanza, María Esther Maciel aporta un clivaje a la reflexión que antecede, cuando comenta: «O sea, dislocada fuera del ser humano (la parte animal), ella está confinada al territorio del mal, de la violencia, de la lujuria o de la locura, bajo la designación de la bestialidad. Para los adeptos a esa demonización, la parte animal, una vez manifiesta, despojaría al hombre de su humanidad, conduciéndolo al grado cero de su propia naturaleza» (2011: 86).

Y más adelante: «Las tentativas literarias de recuperar el eslabón intrínseco entre el ser humano y lo no humano se afirman, por lo tanto, en nuestro tiempo, como formas creativas de acceso al otro lado de la frontera que nos separa del animal y de la animalidad. Son formas variadas, obviamente, que van desde el esfuerzo figurativo (más comúnmente la narrativa) al gesto de aprehensión por el lenguaje de una posible subjetividad animal, tarea atribuida sobre todo a la poesía» (2011: 87).

¹ La traducción es mía.

Por otra parte, la idea de metamorfosis (animal-humana y viceversa) que interesa para este trabajo, íntimamente ligada con esa frontera o des-localización, y en tanto lapidación de lo humano (el apedreo del género, no tanto en sentido negativo sino como discusión de su *statu quo*), se asienta en un concepto híbrido o mestizo, a la vez, biológico y ontológico que, recíprocamente, comprende a la metamorfosis como un cambio morfológico mayor en la forma y estructura de los seres vivos del mundo animal y, asimismo, como una deshumanización en el ser, de la conciencia. Así, en los ejemplos de *La metamorfosis* de Kafka, que es ontológica, y en *El asno de oro* de Ovidio, donde la que se da es de tono estrictamente biológica, se separan dos perspectivas que en los cuentos de Ambrose Bierce podrían verse mancomunadas, dentro de la jerarquía híbrida o mestiza establecida anteriormente.

Sin entrar en disquisiciones sobre mestizaje o hibridez, vale la pena acotar que los tópicos mencionados en el subtítulo de esta presentación se ven particularmente involucrados con el sistema de pensamiento que establecen ambos autores (Lestel y Maciel) pertenecientes a la corriente de la zoocrítica. Así, la frontera entre la naturaleza del hombre y del animal, como su dis(des)locación en el intercambio que tiene lugar, ya sea metafóricamente, en el ámbito de lo metamórfico, imponen una lectura diferente en dirección a los relatos de 1891 de Ambrose Bierce.

Valgan los ejemplos en los dos relatos que sirven para dar cuenta de las conexiones que se vienen mencionando.

Regresando al primer relato, en “Chickamauga”, luego de la inicial sensación de hostilidad y extrañamiento que el niño siente ante los animales y la naturaleza que lo cercan, esta última acentúa su agresividad. La antesala de la «niebla fina y fantasmagórica» que empezó a flotar sobre el agua de un arroyuelo se abalanza netamente sobre el niño, quien «se dirigió hacia la parte más oscura del bosque». Es al borde de ese arroyo neblinoso, en el bosque oscuro, que se da la aparición y la metamorfosis.

Súbitamente, vio delante de sí un raro objeto que se movía y que él tomó por algún tipo de animal grande —un perro o un cerdo— al que no sabía dar nombre; quizás se trataba de un oso. [...] Pero algo en la forma o el movimiento de este objeto —algo en la torpeza con la que se acercaba— le indujo a pensar que no se trataba de un oso, y la curiosidad dio paso al miedo (1999: 146).

Nótese que se describe la torpeza con que se desplaza el objeto como radicalmente impropia a la supuesta agilidad de un animal, de un oso, otorgándole a esta última caracterización una impronta positiva, al mismo tiempo que se indica que ese objeto que se movía como un animal grande «al menos no tenía las orejas largas y amenazantes del conejo». La metamorfosis, la frontera entre el hombre y el animal, la des-localización o dislocación de lo humano se da en la aparición multiplicada y ahora identificable de aquel objeto antes mencionado. No es menor agregar que, como los animales al atardecer (y en ese entonces acontecía el atardecer) los objetos iban todos hacia el arroyo: «Eran hombres. Se deslizaban sobre las manos y las rodillas. Unos solo utilizaban las extremidades superiores, arrastrando las piernas. Otros solo utilizaban las rodillas, mientras los brazos les colgaban inertes a ambos lados. Luchaban por ponerse en pie, pero se caían de bruces en su intento» (146).

Menos que humanos, aquerenciados a lo monstruoso, estos hombres arrasados por la guerra (la batalla de Chickamauga), representan una pantomima, tal vez la de los horrores que denigran al ser humano en el contorno de los enfrentamientos bélicos y los vuelven, poco más o menos, animales. Lo resaltante es la caída del hombre, la frontera entre este y lo animal, su “dislocación” en el universo y la metamorfosis en la que los envuelven algunas narrativas. Algunas comparaciones en el transcurso del relato son apropiadas para conjeturar esta lapidación de lo humano (y, por qué no, también, del animal): «Otros, deteniéndose, hacían extraños gestos con las manos, elevaban los brazos y los dejaban caer de nuevo, se sujetaban las cabezas; extendían las manos con las palmas hacia el cielo, como a veces se ve hacer a los hombres cuando rezan en público» (147).

Y, asimismo: «Había visto a los esclavos de su padre andar a cuatro patas delante de él para divertirlo, y había cabalgado sobre ellos, “haciendo imaginar” a los demás que eran sus caballos» (147). El afuera, lo des-localizado, el más allá, lo ajeno, es el lugar de la metamorfosis.

Basado en una metáfora parecida en torno a la relación hombre-animal, el segundo relato, “El hombre y la víbora”, aunque retoma los tópicos de la demonización del animal (en el caso de la serpiente hay toda una tradición milenaria que avala esta captura) y la des-localización que implicaba aquella presencia salvaje y ofensiva dentro de la casa (y fuera del libro), matiza la impronta del relato anterior, a la hora de sugerir los tópicos de la frontera y la metamorfosis.

En ese sentido, como en Chickamauga la metamorfosis se imponía desde la visión (humana) del niño, aquí la metamorfosis la impone el hechizo que realiza la serpiente, o sea, se impone desde la visión (animal) de la víbora. Hay una evolución en el desarrollo de la magia que opera desde la serpiente y hace perder su humanidad a Brayton, envolviéndolo en un sortilegio (maligno); tanto que frente a su primera voluntad de retroceder y escapar, se impone una voluntad ajena, la de avanzar hacia los ojos de la serpiente que «ardían perversos e implacables como nunca [...], eran dos astros enceguedores [...] irradiaban ondas concéntricas de ricos y vivos colores; al crecer, los círculos, cada vez más amplios, se esfumaban en el aire como pompas de jabón; parecían acercarse a su propia cara, y de pronto estaban a una distancia incalculable» (1988: 137,138).

La metamorfosis, como en el cuento anterior, se emprende con rigor y velocidad. Aun, tiene todas las características de una posesión maligna:

Ahora viene una escena atroz. El hombre, postrado en el suelo, muy cerca de su enemigo, levanta la parte superior del cuerpo, apoyándose en los codos, la cabeza echada hacia atrás, las piernas completamente extendidas. Hay manchas de sangre en su cara pálida, con los ojos desorbitados. De sus labios salen burbujas de espuma. Fuertes convulsiones lo sacuden, dando por poco a su cuerpo ondulaciones de serpiente. Se arrastra sobre la cintura, moviendo las piernas de lado a lado. Y cada movimiento lo aproxima un poco más a la víbora. Aunque estira las manos hacia adelante para retroceder, avanza constantemente sobre los codos. (139)

Otra vez, el afuera, lo des-localizado, el más allá, lo ajeno, es el lugar de la metamorfosis. El final abrupto con la muerte de Brayton, que devela que la víbora inmóvil que lo anestesiaba e influía era una víbora embalsamada con los ojos fabricados de botones, no cambia la idea de lapidación de lo humano que subyace a la transformación en animal que involucra su caída.

Reflexiones finales

Ese fuera de lugar que pierde al hombre al sumirlo en un territorio fronterizo, dislocado, a mitad de camino entre lo animal y lo humano, esa instancia metamórfica, es lo que lo vuelve peligroso para sí mismo —al menos en la exaltación del hombre como diferente

y superior a los demás seres vivos—, porque con ese mismo movimiento lo adapta al modelo zoocrítico que propone Lestel (2010) como aventura humana de intoxicarse e intoxicar la frontera biológica de los seres vivos, transformando su relación con el universo desde la absorción de una “sustancia extranjera”. Ir más allá de la frontera que separa lo humano de la animalidad, como sugiere Maciel (2011), clímax de lo metamórfico que ilustran claramente para este trabajo los casos de los dos cuentos de Ambrose Bierce de 1891, parece ser el lema que aventura esta lectura de lapidación de lo humano en la narrativa del escritor norteamericano perdido en México, en la frontera, en una revolución (la villera) que implicaba un adentro y un afuera, un bien y un mal, un lugar y un fuera de lugar, una desaparición en un universo ignoto, nuevo, tal vez inconstante y metamórfico.

«Si no peligrosa, aquella criatura era por lo menos ofensiva. Estaba *de trop* “fuera de lugar”. Era una impertinencia, una gema indigna en su engarce» (136).

Bibliografía

Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Santa Fe de Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993

Bierce, Ambrose. *Relatos. Diccionario del diablo*. Madrid: Cátedra, 1999

Bierce, Ambrose. *El puente sobre el río del búho*. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez, 1988

Lestel, Dominique. “Oublier la frontière homme/animal”. Editions Cazaubon «Le Carnet PSY». 2009/9 n° 140 | pages 26 à 28. ISSN 1260-5921

Maciel, María Esther. *Pensar/escrever o animal — Ensaio de zoopoética e biopolítica*.

María Esther Maciel (organizadora). Florianópolis: Editora UFSC, 2011.